

PREFACIO

Agatha Christie

HABÍA ESCRITO YA TRES libros, estaba felizmente casada y mi deseo más íntimo era vivir en el campo. Archie y Patrick Spence —un amigo nuestro que también trabajaba en Goldstein, la firma de la City— eran más bien pesimistas acerca de su futuro laboral: las promesas y los proyectos no llegaban a materializarse y algunas de las compañías rozaban la bancarrota. Spence llegó a decir: «Creo que toda esta gente no es más que un hatajo de condenados ladrones. Todo legal, ya sabes. Aun así, no me gusta. ¿Y a ti?».

Archie respondió que, desde luego, algunas de las cosas que allí ocurrían no eran muy respetables. «Lo único que deseo es un cambio», dijo pensativamente. Le gustaba la City y tenía aptitudes para los negocios, pero a medida que el tiempo pasaba, se sentía cada vez menos unido a sus jefes.

Y, entonces, ocurrió algo imprevisto.

Archie tenía un amigo, el mayor Belcher, sin duda todo un personaje. Era un hombre con una terrible capacidad de farolear. Había alcanzado, según su propio relato, el puesto

de Controlador de Patatas durante la guerra. Cuánto de esta historia es verdad, o cuánto es invención, nunca lo sabremos, pero de cualquier modo construyó una buena historia con aquello. Tendría unos cincuenta años cuando comenzó la guerra (Primera Guerra Mundial, 1914-18) y cuando le ofrecieron permanecer en el país en un puesto del Ministerio de Defensa, no lo celebró gran cosa. De cualquier modo, cenando una noche con un VIP, la conversación se centró en el asunto de las patatas, lo que constituía un gran problema en aquel tiempo. Puedo llegar a recordar que el abastecimiento se cortó al poco tiempo. Al menos, en el hospital donde trabajé durante la guerra, nunca las tuvimos. Si la escasez se debía a las inoperantes actividades de Belcher, nunca lo sabré, pero no me extrañaría.

«Este pomposo tipo con el que estuve —nos dijo Belcher— me habló de que la provisión de patatas se estaba convirtiendo en una cosa seria, muy seria». Le dije que había que hacer algo; había demasiadas manos metidas en el negocio. Alguien debía tomar las riendas. «Bien», convino conmigo. Pero le dije que debería ser pagado generosamente, si queríamos a alguien verdaderamente bueno, le comenté. Se le debería ofrecer al menos... —y entonces él mencionó una cifra de varios miles de libras. «Eso es mucho dinero», dijo el VIP. «Usted debe conseguir al mejor —dijo Belcher—. En cualquier caso, si me lo ofrecieran, no lo aceptaría por menos».

Esa fue la frase clave. Unos días más tarde, tuvieron que rogar a Belcher, en sus propios términos, para que aceptara el puesto de control del suministro de patatas por esa suma. ¿Qué sabía usted de patatas? —le pregunté.

«Nada en absoluto —dijo Belcher—, pero no estaba dispuesto a dejarlo escapar. La cuestión es que uno pue-

de hacer de todo, ¡lo único que tienes que tener es a un ayudante que sepa del asunto y todo solucionado! Era una persona con un gran poder de persuasión, con una gran capacidad para impresionar a la gente. Tenía una gran confianza en sus facultades organizativas —y, a veces, pasaba bastante tiempo hasta que se daba cuenta de los estragos que causaba—. La verdad es que había pocas personas con menos capacidad organizativa. Su idea, como la de muchos políticos, era primero destrozarse una fábrica completa, convertirla en un auténtico caos, para reorganizarla después. El problema era que Belcher no tenía la habilidad necesaria para recomponerla. Y cuando se enteraban, era demasiado tarde.

En algún momento de su carrera se fue a Nueva Zelanda, donde impresionó tanto a los propietarios de una escuela con sus planes de reorganización, que les faltó tiempo para nombrarle director. Un año más tarde ya le estaban ofreciendo una enorme suma de dinero para que se marchara, no por una conducta incorrecta, sino a causa de los conflictos que había provocado y los odios que había producido entre los otros, con sus planes que él llamaba de «un salto hacia delante, en una progresiva administración». Como dije, era todo un carácter. A veces le odiabas; a veces te caía bien.

Belcher vino a cenar con nosotros una noche, cuando ya había abandonado su puesto de las patatas, y nos explicó los planes que tenía por delante. «¿Tienen noticias de la Exposición del Imperio que tendrá lugar dentro de dieciocho meses? Bien, el acontecimiento debe ser organizado convenientemente. Hay que advertir a los dominios para que contribuyan y cooperen en la celebración. Voy a formar parte de una misión que recorrerá el mundo y que partirá

en enero». Continuó describiendo los detalles de su proyecto. «Lo que necesito ahora es a alguien que ocupe el puesto de consejero financiero. ¿Qué le parece, Archie? Siempre ha tenido la cabeza sobre los hombros. Tiene mucha experiencia en la City. Es usted el hombre que necesito».

«No puedo dejar mi trabajo» —contestó Archie.

«¿Por qué no? Expóngaselo adecuadamente a sus jefes, hágales ver la profunda experiencia que adquirirá y todo eso. Seguro que le mantendrán el puesto, espero». Archie afirmó que el señor Goldstein difícilmente aprobaría algo parecido.

«Bien, piénselo, muchacho. Me gustaría que viniera. Agatha, usted podría venir también. Le gusta viajar, ¿no es así?».

«Sí» —contesté, con un simple monosílabo de asentimiento.

«Les contaré el itinerario. Iremos primero a Sudáfrica. Usted, yo y un secretario, por supuesto. Con nosotros vendrán los Hyams. No sé si conoce a Hyam, es el rey de las patatas en East Anglia. Un hombre muy sano, gran amigo mío. Traerá a su mujer y a una hija. Solamente nos acompañarán hasta Sudáfrica, pues luego tiene que regresar por asuntos de negocios. Después, nosotros seguiremos hacia Australia, y tras Australia, Nueva Zelanda. Allí pasaremos bastante tiempo, tengo un montón de amigos en ese país. Me gusta ese país. Podríamos pasar un mes de vacaciones. Desde allí ustedes podrían seguir a las Hawái, a Honolulu, si les apetece».

Honolulu. Respiré profundamente. Eso sonaba a algo fantástico que siempre aparece en los sueños.

«Luego, a Canadá y a casa. Nos llevaría de nueve a diez meses. ¿Qué les parece?».

Nos dimos cuenta, al final, de lo que realmente nos quería transmitir. Los gastos de Archie estarían todos pagados, por supuesto, y se le darían además mil libras para sus

gastos personales. Si yo les acompañaba, todos los gastos del viaje serían abonados casi en su totalidad, puesto que le acompañaría como su esposa, incluyendo viajes en barco o en los diferentes ferrocarriles de los países que fuésemos a recorrer.

Nos pusimos como locos a echar cuentas. En principio parecía que nos lo podríamos permitir. Las mil libras de Archie podrían cubrir mi estancia en los diferentes hoteles, e incluso nuestras vacaciones durante un mes en Honolulu. Parecía posible pero, por supuesto, con ciertas estrecheces.

Archie y yo habíamos realizado ya dos cortos viajes al extranjero; uno al sur de Francia, a los Pirineos, y otro a Suiza. A los dos nos encantaba viajar. Había empezado a sentir placer por estas experiencias viajeras desde que tenía siete años. De cualquier modo, deseaba ver mundo y me parecía que nunca lo podría llegar a realizar. Estábamos tan sumergidos en el mundo de la City, y un hombre de negocios, además, no tiene más de quince días de vacaciones al año. Y con una quincena no te puedes ir muy lejos. Me hubiera gustado ver China, Japón, India, Hawai y muchísimos otros lugares, pero mis sueños seguían siendo sueños y probablemente, así lo serían siempre.

«Tiene sus riesgos —dije—, terribles riesgos». «Sí, hay riesgos. Pienso que desembarcaríamos en Inglaterra sin un penique, y con poco más de cien libras al año entre los dos, nada más. Y conseguir un trabajo sería difícil, incluso más difícil que ahora. Pero, por otro lado, si no se asumen algunos riesgos, nunca se llega a ninguna parte, ¿no es así?».

«Sobre todo para ti —dijo Archie—. ¿Qué haremos con Teddy?». Así llamábamos a Rosalind en aquellos tiempos.

«Punkie —el nombre que usábamos para Madge— se ocuparía de ella. Y madre. Estarían encantadas, además con la ayuda de la niñera. Sí, por ese lado estaría todo solucionado. Y sería una oportunidad única para nosotros» —dije pensativamente.

«Lo pensaremos, lo volveremos a meditar».

«Por supuesto, tú podrías ir —dije con mucha vacilación—, y yo me quedaría aquí».

Yo lo miré y él me miró.

«No estoy dispuesto a dejarte atrás», dijo, «no disfrutaría si lo hiciera. No, nos arriesgaremos los dos, aunque realmente tú arriesgas más que yo».

Así que, de nuevo, nos sentamos y pensamos desde el punto de vista de Archie.

«Creo que tienes razón», dije, «es nuestra oportunidad. Si no lo hacemos, nos arrepentiremos toda nuestra vida. No, como dices, si no podemos aceptar el riesgo de hacer algo que nos gusta, la vida no merece vivirse».

No, nosotros nunca fuimos de ese tipo de personas que juegan siempre sobre seguro. Persistimos en casarnos contra toda oposición, y ahora teníamos la determinación de dar la vuelta al mundo con el riesgo de no saber lo que ocurriría a nuestra vuelta.

Los asuntos domésticos no resultaban particularmente complicados. La mansión Addison se podría alquilar bien y con eso se pagaría el salario de Jessie. Mi madre y mi hermana estarían encantadas de cuidar a Rosalind junto con la niñera. El único inconveniente llegó al final, cuando supimos que mi hermano Monty volvía a casa desde África. Mi hermana se molestó mucho porque yo no lo esperaba.

«Tu único hermano, que regresa después de haber sido herido en la guerra y tras tantos años fuera, y tú prefieres darte la vuelta al mundo en este preciso momento. Creo que es una desgracia. Tu hermano debía de ser lo primero». «Bueno, yo no pienso así», le dije. «Mi marido es lo primero. Va a hacer este viaje y yo me voy con él. Las mujeres deben ir siempre con sus maridos».

«Monty es tu único hermano y es probable que no le vuelvas a ver en años».

Me inquietó al final, pero mi madre se puso de mi lado. «El deber de una esposa es ir con su marido», dijo. «El marido debe ser lo primero, incluso está por delante de los hijos, y un hermano siempre estará mucho más lejos en esa escala. Recuerda, si no acompañas a tu marido, si lo dejas con frecuencia ir, lo perderás. Y esto es especialmente cierto en un hombre como Archie».

«Estoy segura de que no sería así», dije indignada. «Archie es la persona más fiel del mundo». «Nunca llegas a conocer a un hombre», dijo mi madre con espíritu victoriano. «Una mujer debe estar siempre junto a su marido, y si no lo hace, entonces es probable que este sienta que tiene derecho a olvidarla».



MAP OF
THE WORLD

Showing
BRITISH EMPIRE

and the
EASTERN ASSOCIATED
TELEGRAPH COMPANIES'
CABLE SYSTEM

"Via Eastern"

*Map of
the
World*